

Irse a Madrid
y otras columnas

Manuel Jabois

Índice

Prólogo	9
Una historia de amor	13
Un despido procedente	15
Cuando pagábamos	19
Resistencia	21
Un encuentro con Galeano	22
Morir en Caneliñas	24
El curioso caso de Fraga Iribarne	28
A lo mejor es más arriesgado no hacerlo	30
Irse a Madrid	32
José Tomás ha muerto, ¡viva la Fiesta!	35
Nunca nos tocará el Gordo	37
Celo	39
Internet para todos los públicos	41
Caligrafía	45
Barriga	47
<i>Ebook</i>	49
El penalti	50
Hambre	51
Se va a mear la perra	53

La matanza del cedé	55
Mi peor amigo	57
Hombro	61
El último morreo del siglo xx	62
Cuando a doña Emilia un loro la llamó puta	64
Mis héroes murieron de sobredosis	68
Ayudar a Luis	71
Licor café	73
Performance	74
Me recuerda tanto a Lugo	75
¿Pasó por aquí una manifestación?	78
Un número equivocado	80
Del oliva al chándal	82
Una tertulia en la cárcel	85
Novia	89
El día que no vi a Ángel Cristo	90
Don Camilo	92
Postal desde la aldea	97
Una mañana en Vigo	99
El efecto michelín	101
Mañana le toca a usted pilotar la fusión	103
Los camellos	105
Políticos y periodistas	107
El recatamiento del Señor	109
Karaoke	111
Exceso de civilización	112

Off the record	114
Los periódicos	115
Enviado especial	117
Nadie lee el segundo párrafo	119
Tuneo	121
Los mal vestidos	123
¿Dónde estabas entonces, Superman?	125
Salirse de plano	127
Ronaldo <i>mon amour</i>	129
Apuntes en sucio	132
«¡Tú de qué medio eres!»	134
El silencio de las cosas de uno	136
La entrevista	138
Fotografía	140
Anxo	142
Ya fue	144
La vida por delante	147
Una tarde en la ópera	151
Diarios	153
Tener sitio	155
Figo por Valdano	159
La paja subvencionada	162
Los sueños	163
Noche de Paz	164
La Revolución era una aldea	168
<i>Why</i>	170

Enseñar la casa es de paletos	171
El orden del día (I)	173
El orden del día (II)	176
Nunca positivo, siempre peyorativo	179
Elogio de Antonio Ozores	182
El perfume	184
31	186
Resaca	188

Prólogo

YO ME HICE PERIODISTA porque no quedaba otra, y durante las últimas semanas de 1998 me iba a la biblioteca de Sanxenxo a leer la prensa local y aprender el oficio de corresponsal de pueblo, que yo creía oficio hereditario, como el de relojero. Había llegado a él por mi abuelo, a quien habían encargado buscar un sustituto a razón de 50.000 pesetas al mes. Desesperado, me lo acabó endosando a mí como quien endosa una hipoteca, con un aviso: «Si te sale bien, puedes vivir de esto». Al día siguiente el *Diario de Pontevedra* publicó una nota en la que advertía a sus lectores de que el nuevo corresponsal de Sanxenxo era yo, y allí dejaba mi teléfono para quien gustase. Así fue como con veinte años recién cumplidos me convertí en la voz del pueblo, el representante de una estirpe que llevaba un siglo por la calle haciéndose con las cuitas soberanas; muchos años después encontré una exclusiva de mi abuelo en un *Diario* de 1980: «Hoy llegó a nuestro pueblo el doctor Urruti acompañado de su familia para pasar los meses de julio y agosto». A quien iban a buscar los vecinos por un bache, un curso de la asociación de las mujeres rurales o una disputa por las *leiras* era a mí. Cuando no era así, yo echaba las horas sentado en casa mirando el fax para ver si salía de allí algún comunicado del Partido Popular o algo, y cada vez que aparecía ya llenaba corriendo una página entera con él. Y empezaba con agradecimiento: «En la tarde de ayer llegó un fax a nuestra corresponsalía en el que un valiente PP anunciaba...».

Por las mañanas me sentaba en el Ayuntamiento durante horas eternas a esperar al concejal encargado de las cosas de la prensa, y a veces me recogía mismamente el alcalde y me subía a su despacho creyéndome alguien con quejas:

—¿Y usted qué problema tiene?

—Mire, yo quería básicamente alguna noticia para llenar la hoja de hoy. ¿Usted no irá a dimitir o así?

Por las tardes hacía ruta en coche por los edificios multiusos del municipio y apuntaba las convocatorias de oposiciones a bomberos. Si veía que algún vecino hacía una reparación yo me paraba a preguntarle qué era aquello y él me decía: «Un cierre», y yo, al día siguiente, publicaba en la prensa que en la calle Progreso un vecino comenzó en su casa la obra de un cierre que estará terminada en dos días; después, enganchado con «por otro lado, dos calles más abajo», contaba que un nuevo veterinario había establecido negocio en el pueblo. Si el día era escaso, anunciaba con solemnidad el tiempo que faltaba para el concurso de contratación de la vía rápida del Salnés: «Tres semanas para que se reúna la Mesa».

De este mundo en extinción, de esa última era del periodismo de pueblo que mi abuelo practicó gratis la segunda mitad del siglo xx, salen todas estas columnas que empecé a escribir por la ambición provinciana de querer asomar la cabeza fuera a ver cómo andaba el periódico en otras páginas. Las hay que salieron en prensa y las hay que se fueron directamente a un blog; ustedes las sabrán reconocer, y aquellas con las que duden, son las mejores. Tres años después de aquel servicio suyo a la descendencia, mi abuelo se murió, porque los abuelos tienden en general a morir, y alguien de mi familia me preguntó si no le iba a largar un columnazo que le hiciese justicia. Alegué desconsuelo y alegué bien, pues ya entonces escribía las columnas alejado de ellas, a tra-

Una historia de amor

VOY A CONTARLES UNA historia de amor. Es muy sencilla: una vez publiqué un libro. Había sido escrito tiempo atrás y tengo para mí que llegó tarde el ofrecimiento de darle luz. Los pequeños triunfos del pasado suelen producir siempre cierta sensación extraña. Pero uno está hecho a nostalgias y asume con disciplina y vanidad el oficio elegido. La novela se ha vendido con cierta alegría en Pontevedra, cosa que se agradece, porque la fidelidad a una columna no es fácil de trasladar a un libro: a un libro de ficción, además, cuando lo que uno ha escrito siempre en el periódico es, en pureza, ciencia ficción, y a eso se han ido acostumbrado los lectores en los últimos diez años.

Desde hace unos días se vende ya en toda Galicia. Así iban de internacionales las cosas cuando supe que una partida de libros había salido mal impresa. Una minoría, pero una minoría incontable. El mío propio, que por supuesto no había leído, estaba mal. La página treinta salta a la setenta, sigue la narración y luego salta de nuevo, ya no sé si hacia atrás o hacia delante, y se han evaporado como veinte páginas. Uno estas noticias las asimila con exigencia. No era yo el primer autor, ni sería el último. Pero había recibido críticas extrañas y miradas un tanto alucinadas a mi paso. Hubo quien me dijo que era una novela fabulosa y hubo quien me retiró la palabra.

El asunto es bien interesante y merece que les cuente otra historia de amor. Hace ya muchos años publiqué una columna

Un despido procedente

EL PERIÓDICO LLEVABA UN siglo en la calle Vázquez Lescaille, y aquello se nos iba cayendo a pedazos, así que cuando el Grupo El Progreso compró *Diario de Pontevedra* nos fuimos para Lepanto al año siguiente. Ocupamos todo bastante alborotadamente, porque éramos una redacción joven, y allí tuvimos delante unos Macintosh con cuenta de correo y unas direcciones personalizadas muy cucas. Yo aprovechaba esto para enviarle de vez en cuando a un compañero mis comentarios agudísimos sobre las más variopintas causas sexuales y drogadictas en las que militaba entonces. También, como es natural, algunos apuntes al natural acerca de esta chica y aquella, y en fin, toda clase de confidencias que uno se permite con un amigo. No era un vocabulario ejemplar. Nada de lectura obligatoria en los colegios. Había que estar allí: «Le estuve dando por el culo como un enfermo hasta las siete de la mañana», «el domingo acabé metiendo en casa a un chulo y dos putas supergolfas que me dejaron perdidito» y «oye, ¿qué te parecen las tetas de la nueva?» era un poco mi guerra.

Una tarde se presentó en el periódico un fotógrafo que a mi modo de ver era bien guapo, lo cual representaba una amenaza escandalosa, pero me lo tomé con mucha filosofía y le envié un correo a este amigo un poco en la línea editorial mía:

—El chaval nuevo tiene un culo para montarlo.

Mi amigo no me contestó a este *email*. Y de repente me di cuenta de que mi amigo no me había contestado *nunca* a ningún

email. No me había escrito una sola vez, y yo ni siquiera lo había echado de menos. Yo allí soltaba cuatro salvajadas irreproducibles, la mayoría de ellas sin sentido, y me quedaba anchísimo, hasta releyéndolas con cierta fruición, como regodeándome en aquella escritura suburbial mía veinteañera, tan atroz. Así que descolgué el teléfono y lo llamé:

—Oye, ¿y tú por qué carallo no me contestas a ningún correo?

—Yo no recibí nunca un correo tuyo.

Su dirección, me dijo, no era como la de los demás, la inicial del nombre y su apellido. «Ajá», le dije.

—Y ahora —contestó él—, adivina por qué.

Pero yo ya lo había adivinado. Lo supe casi en el mismo momento en que marcaba el número. Creo que lo supe ya desde el primer correo que escribí. Ahora que lo pienso, probablemente lo supe desde el momento en que nací. La inicial del nombre y el apellido de mi amigo coincidían con la del director financiero de la empresa.

Recuerdo que durante media hora me quedé mirando sin más el fondo de pantalla. Lo que hice después fue meterme en la carpeta de correos enviados y releerlo todo. Era oficial; me había cubierto de gloria. Fui borrando los *emails* de uno en uno mientras trataba de recordar los encuentros que había tenido con mi jefe, uno de ellos en el cuarto de baño, de ese sí que me acordaba bien: seguro que dos minutos antes yo le había escrito un correo hablándole de chochos mojados y vomitonas en el baño y allí estábamos los dos meando juntos, en silencio, chorra en mano y despidiéndonos al salir:

—Hasta luego.

—Hasta luego.

En esas estaba, aún medio trastornado, cuando a última hora de la tarde sonó mi teléfono:

Cuando pagábamos

UN AMIGO ME DICE en la comida que vuelve a Madrid el 26 y regresa a Pontevedra el 30, y le pregunto para qué, si es un hombre que hace negocios y se rige a sí mismo, y me habla de unos juicios por impagos. «En Madrid no se paga. Se dejó de pagar hace algún tiempo, y ahora allí ya no paga nadie. Cuando viene el camarero con la cuenta de los menús del día hay tres o cuatro comensales que levantan la mano y hacen el gesto ese del boli de que se lo apunten». Son, me dice mi amigo, decoradores y directores de escena, guionistas, actores y arrendatarios de pisos vacíos llenos de yogures caducados.

Pagar, efectivamente, fue una moda. Cuando un día corrió el dinero la gente empezó a pagar, y ahora se prefiere apuntarlo a la cuenta o echar a correr. Pagar fue un vicio burgués, como dormir o no beber, y al recuperarse las esencias la gente deja de pagar, duerme hasta las doce y se emborracha viendo *Sálvame*. Decoradores y directores de escena, sí, pero también periodistas, carteristas y biógrafos de Buenafuente. Jóvenes que en la ola se llamaban Xaloc, Unax, Amare, Chanqui o Nira y ahora andan ya por Baldomero.

Pagar fue algo que se hizo en los noventa con cierta gracia. Hoy no paga nadie, solo algún desfasado. Se perdió la costumbre, como se perdió el peinado aquel de Julia Otero o los cuellos mao. Una mañana alguien se levantó y no pagó, y cuando alguien pone de moda lo barato el pueblo responde en masa.

Me lo dijo en una entrevista el jefe de una inmobiliaria:

Resistencia

DURANTE UNOS AÑOS viví enfrente de un piso de prostitución de tapadillo. El verano del Mundial de Alemania los inmigrantes colgaron de las ventanas las banderas de sus países, y en el piso aquel una muchachita ató al tendal la *verdeamarela* y un sujetador rojo que retiró a medianoche. Uno de esos días, de madrugada, escuchamos la bronca de nuestros vecinos, y al rato salió a los gritos el hombre dando un portazo:

—¡Y no me busques, que no me voy muy lejos!

Aquella pareja hacía el amor todas las tardes con una puntualidad escandalosa. A medida que se acercaba la noche iba dejando el sexo para empezar con la bronca. Los días de ese verano, como otros escuchan los grillos, yo escuchaba el apareamiento de la especie. Nacho Mirás tiene en su blog una frase de José Luis Alvite: «El amor es algo muy resistente: se necesitan dos personas para acabar con él». Pero hay amores que exigen más. Un día, no sé por qué, esa pareja empezó a tener hijos. Calló de repente en la cama y también en la cocina. Una mañana los vimos subir las escaleras muy serios, casi en trance, acarreando bolsas del Froiz. Habían madurado. Todo lo turbio empezó a ser pequeñoburgués, y nos mudamos antes de que ella, como Julianne Moore en *Las horas*, quisiese llenarse el estómago de pastillas.

Un encuentro con Galeano

EL DÍA QUE ENTREVISTÉ a Eduardo Galeano me presenté cinco minutos antes en el vestíbulo del centro cultural en el que había dado una conferencia. Me encontré allí a una multitud cultísima hablando pomposamente en palabras de sílabas gordas y esdrújulas finiseculares, y me apoyé en el quicio de la puerta para tratar de divisar al escritor. Lo vi al fondo, rodeado de políticos e intelectuales revolucionarios que enarbolaban ante él la bandera de la descolonización, la solidaridad internacional, la independencia de los pueblos libres, la herencia celta del coño gallego y el albariño de Viña Costeira. Dejé pasar el tiempo, ya que yo era joven y fácilmente conmocionable, y mientras acariciaba mi grabadora pensando en cómo asaltar a Eduardo Galeano entre tanta gente importante y comprometida con un mundo mejor, Galeano se giró bruscamente, fijó su mirada en mí y empezó a apartar personas a manotazos presa de la desesperación mientras avanzaba hasta el lugar en el que yo estaba. Recuerdo que pensé que era todo un detalle lo puntual que se tomaba el escritor sus entrevistas, y ni siquiera reparé en que no nos conocíamos. Al fin y al cabo yo era el único tonto de los que estaban allí, llevaba un magnetófono bajo el brazo y si no me puse unos tirantes, un sombrero de fieltro, una petaca en el bolsillo y un marlboro colgado de los labios fue porque aún tenía cierto sentido del ridículo, y hacer todo eso sin un revólver y una rubia al lado queda un poco barato. Galeano avanzaba como si el tiempo fuese esencial para hacer

Morir en Caneliñas

Así QUE UNA NOCHE de verano de principios de siglo saqué de una discoteca de la mano (como yo hacía las cosas entonces, un poco en la escuela de ligoteo Chiquilín) a una niña ourensana, que Sanxenxo está lleno de ellas, rubita y de ojos azules, que era el catálogo con el que yo trabajaba en mis veintipocos. Nos dejó un taxi en Portonovo, y subimos la cuesta de Caneliñas enamoriscados y mordiéndonos las orejas como perritos juguetones. Ella pasaba el verano con sus padres en una casa que tenía encima de la playa, y nos despedimos jurándonos amor eterno y familia numerosa en la puerta, casi al borde de las lágrimas. Me preguntó: «¿Te vas para casa?» y yo dije una frase que todavía me duele en el corazón: «Creo que me voy a pasear un momento a la playa». Le pedí que me hiciese un porro cargado hasta la muerte, porque yo no hice un porro a derechas en mi vida, y bajé a la arena con paso tranquilo haciéndome el interesante mientras ella me veía flipada desde la ventana de su habitación, que cuando giré la cabeza hasta le encontré un aire a Norman Bates disfrazado de su madre en aquella casa del demonio.

(Viéndolo ahora en perspectiva, todas las grandes tragedias de mi vida llegaron después de ese momento histórico en el que yo, a tontas y a locas, decido hacerme el guay, siguiendo los consejos de mi amigo Miguel Barreiro, que una tarde de invierno bajó a la playa de Montalvo con tres italianas, se puso en pelotas, se echó a nadar y al volver, tiritando y dando paseitos por la arena a un

El curioso caso de Fraga Iribarne

EN EL MITIN DEL PP de ayer sucedió algo tremendo. Salió Manuel Fraga al escenario acompañado por Alfonso Rueda y Telmo Martín, y lo dejaron allí solo con el bastón. La cámara lo enfocó implacable: hay edades a las que la cámara solo enfoca implacable. Mi amigo Manuel Fernández Valdés tiene una colección de fotografías en las que exhibe a un Fraga en campaña que recogen el espíritu totémico del líder y su impúdico estertor. Allí estaba Fraga Iribarne, entonces, y allí estaba yo observándolo con un punto de pasión. Fue curioso, pero en los primeros planos no me pareció ver al Fraga cansado y doliente de otras apariciones, sino a alguien que había experimentado una muy sutil mejoría. No una mejoría de salud, sino algo más lejano: algo físico. Fraga era como una semana o dos más joven. Casi imperceptiblemente joven.

Tuve que salir un momento de la plaza de toros a tomar el aire. No me lo podía quitar de la cabeza. Cuando volví al mitin ya no hablaba él, pero me detuve a mirarlo porque además lo tenía prácticamente enfrente. Hablaba con una mujer, se reía y juguetaba con el bastón, como diciendo: «Lo llevo por vicio».

La pregunta resultó ya inaplazable. ¿Es Manuel Fraga Benjamin Button? ¿Viene Manuel Fraga para atrás? Cuando la oposición se burlaba de él por las fotos de sus carteles electorales y él se reía, ¿estaba pensando lo que estoy pensando yo ahora? La cuestión es fascinante porque además cualquier gallego tiene a Fraga tan incrustado en su vida y tan presente en su memoria que se